

# REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

**Depósito Legal: J 696-2013**

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

**ISSN: 2341-0086**

# Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDA CABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

**11ª Edición:** diciembre del 2023

**Enlace a la página Web:** <http://www.revistapenelope.com>

**Email:** [encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com](mailto:encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com)

**Teléfono de contacto:** 617 91 87 97

***Narrativa breve***

***de***

***Antonio Coronado Hijón***

# JACALABULLA

Era un personaje pintoresco.

Mi abuelo era un personaje pintoresco y así fue como lo describí cuando -estando yo en el colegio con pocos años- el maestro nos pidió escribir una redacción sobre no recuerdo que tema.

El alago y el orgullo sobre esa redacción que, una vez leída, me transmitió el maestro, así como la posterior cariñosa anuencia de mi madre, aún medio siglo después alimenta mis anhelos literarios y me anima a seguir escribiendo. Cuando mi madre le relató a mi abuelo delante mía el protagonismo pintoresco con el que le describí en esa redacción, mi abuelo Francisco respondió con una alegre sonrisa de satisfacción que tampoco he olvidado.

Y es que mi abuelo Francisco, cuando se jubiló, volvió, con mi abuela María del Valle, a su pueblo natal y compró, con sus ahorros de toda su vida laboral, una bonita y solariega casa que tenía un pequeño jardín trasero que rodeaba un blanco pozo a la sombra de un legendario limonero machadiano.

Terminaba el jardín en una pequeña y antigua bodega de esas donde antiguamente los particulares elaboraban vino de manera artesanal para su propio consumo que hacía las veces de cuadra de su burrita y que tenía salida a uno de esos callejones posteriores de las casas que en el pueblo denominaban corralón.

Me parecía un personaje pintoresco porque yo era un pequeño niño de ciudad y mi abuelo era un señor mayor con una burrita y un perro que le acompañaban en sus diarios trayectos desde su casa del pueblo al campo y viceversa. Sí, entiendo que para algunos esa semblanza tenga poco de pintoresca, pero la verdad es que para mí si lo era verlo montado en su burrita que le llevaba a una finquita, en las afueras del pueblo, donde cultivaba verduras verdaderamente ecológicas y las traía a su casa en los serones de esparto que amablemente transportaba su burrita. Y durante todo ese ir y venir, estaban, su burrita y él, acompañados por su perro que caminando junto a ellos dejaba ver fácilmente su ilusión por esos trayectos mediante ese lenguaje corporal que ellos saben tan bien transmitirnos.

Su burrita era del mismo color gris plata con el que Juan Ramón Jiménez nombró a su burrito y que nos contó en su relato; *Platero y yo*. Por cierto, creo que mi abuelo no le puso nombre ni a la burrita ni a su perro, de lo contrario yo lo recordaría, aunque fuera tan pequeño en aquel tiempo.

La verdad es que en los pueblos no se solía poner nombre a los animales domésticos. Usualmente había tantos en cada casa que hubiera sido bastante complicado poner nombre a

todas las gallinas, a la mula, al burro, cabras, etc.... Muchos hogares del pueblo eran como un arca de *Noé* varado por la sequía. No era el caso de mis abuelos que tan solo tenían la compañía de su burrita y su perro.

La burrita se la compró a un vecino, el mismo que le regaló el perro. Era un mixto lobo, como solían decir en el pueblo a aquellos perros nacidos de un cruce de perro y lobo, de esos que antiguamente merodeaban por los pueblos y que ahora tan solo podemos visitar en las reservas de animales. Pero no crean que por ello era peligroso. Nada más alejado de la realidad porque ese perro era noble como el que más.

Me llamaba mucho la atención la convivencia de mi abuelo con esos dos animales que compartían tareas y propósitos. En los pueblos, al contrario que en las ciudades, los animales domesticados siempre han tenido un sentido y un propósito concreto que ha justificado su presencia cotidiana junto a la persona que los cuidaba. En el caso de mi abuelo su burrita tenía su función de tracción de las recolectas de verduras cultivadas en la finquita y su perro el sentido vital de compañía que solo ellos saben aportar. Compañía que incluso les proporcionaba seguridad en la custodia de esa casa que compartían esos cuatro seres vivos: mi abuela, mi abuelo, su burrita y su perro. Esos eran el sentido vital de estos animales que asumían amablemente e incluso animosamente.

Mi abuelo mostraba un trato especial con esos animales. Siempre amable, sin crispaciones y acompañando, siempre que fuera posible, el lenguaje verbal con miradas y caricias de afecto y agradecimiento que estos animales sabían entender tan bien, con ese sexto sentido que poseen mucho más intuitivo que racional y por tanto más natural y espontáneo. Sin tantas planificaciones y estratagemas con las que nosotros, los animales racionales, solemos desplegar como una malla de pensamientos complicados que a menudo tejen redes de preocupaciones y obsesiones que nos hacen ser menos espontáneos y creativos, más estereotipados y aburridos.

Cuando mi abuelo miraba a su perro, eran suficiente ciertos gestos que, por usuales, ambos entendían. Recuerdo cuando su perro inclinaba la cabeza con gesto y ojos de curiosidad. ¡Qué simpático me parecía ese gesto!

Y el lenguaje verbal que compartían era privado y exclusivo. Mi abuelo se comunicaba con ellos con un lenguaje propio que solo él y sus animales entendían. En esto no creo que nadie discrepe de su condición pintoresca.

Eran palabras tan pintorescas que tan solo recuerdo una de las que más utilizaba. Cuando le pedía acción a su perro, le decía con mucho énfasis y tono: “¡*Jacalabulla!*”. Era como un “*let’s go*” anglosajón. Pues como esa, muchas. Y ellos se entendían. Era un lenguaje privado y exclusivo entre ellos.

Fue en su 80 cumpleaños en el que reunió a su hija Paquita, su hijo Alfonso y a sus 14 nietos. A su casa del pueblo acudimos todos alrededor de una exquisita tarta artesana de un obrador cercano. Fue una agradable celebración familiar.

No recuerdo que tuviera costumbre de celebrar su cumpleaños, pero ese año si lo hizo. Parecía que barruntaba algo y así nos lo hizo saber cuándo nos dijo que sería su último cumpleaños. Así fue, acertó en su pronóstico. En el transcurso de ese último año, sufrió un ictus y fue ingresado en el hospital donde finalmente falleció.

Todos nosotros sentimos enormemente su pérdida: mi abuela, mi madre, mi tío, sus nietos, sus amigos y conocidos, su burrita y su perro. Este se quedó esperando volver a escuchar ese mantra que solo nosotros conocíamos, hasta que también prontamente falleció. Quizá haya un paraíso celestial donde pueda seguir oyéndoselo a mi abuelo. Me alegraría y consolaría mucho.

En algunas ocasiones cuando necesito activarme y animarme, yo mismo me digo interiormente ese mantra que solo nosotros podíamos entender: ¡*Jacalabulla!*, ¡*Jacalabulla!*